

## PICHINCHA

A Eduardo Posada Arango.

Ecuador, pedazo de la Gran Colombia, hija del genio portentoso de Bolívar, conmemora hoy la jornada de Pichincha, en la cual, a los doscientos ochenta años cumplidos, dejó de tremolar airosa la bandera de Castilla en los Andes ecuatoriales.

Justo es que nosotros nos unamos con el corazón y la mente a esa noble hermana que ha compartido nuestros triunfos y ha llorado nuestras desgracias; que llegue hasta el Guayas nuestro fraternal abrazo y con él los votos más sinceros que hacemos en este día por la bienandanza de ese País, nuestro vecino hidalgo. No debemos olvidar que en Pichincha conquistó verde lauro para sus sienes juveniles el excelso José María Córdoba, el mismo que ya había vencido en Chorrillos blancos y había luchado tenazmente por la libertad americana.

La blasonada Quito comenzó la brega por su emancipación desde el 10 de agosto de 1809, cuando una Junta de Gobierno reemplazó al Presidente y Capitán General D. Manuel de Urriez, Conde Ruiz de Castilla. Causas varias influyeron para que el audaz movimiento fracasara en breve, y la sangre generosa del insigne rionegrero Juan de Dios Morales, con la de otros heroicos varones, manchó la causa de España y enalteció la de los pueblos de este lado del océano.

El árbitro de la libertad americana, el ungido por Dios para redimir todo un Continente, puso sus ojos de águila desde los primeros tiempos de la lucha en los pueblos del Sur. Como Eneas simbolizaba Bolívar una alta y noble misión, y también como el fugitivo de Troya salió un día de la ciudad nativa, dejándola asolada y sumergida en el dolor, sin que pudiera el valeroso guerrero llevar, como el amante de Dido, en brazos a sus dioses y a su padre en hombros; consigo iba en su pecho ardiendo un Sinaí que alumbraría el Nuevo Mundo; resucitar a Troya era el

anhelo de Eneas, libertar la América era el de nuestro Libertador:

*Per varios casus, per tot discrimina rerum  
Tendimus in Latium . . . . .*

El General Antonio José de Sucre fué destinado por Bolívar para dirigir la campaña del Sur de Colombia; su labor allí fué elevada como los volcanes que le vieron pasar; tan diestro militar como competente administrador y discreto diplomático; era sin duda el segundo hombre de América.

Libertada Venezuela en la batalla de Carabobo, pudo ya el Libertador pensar definitivamente en llevar sus huestes, cansadas de ganar victorias, hasta las más lejanas tierras. En efecto, partió de Santafé con dirección a Popayán a mediados de diciembre de 1821. Desde el 8 de octubre había dirigido, en vibrante proclama firmada en el Rosario de Cúcuta, a los quiteños las siguientes frases plenas de aliento profético:

*Quiteños: El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del ejército libertador. El marcha al Ecuador, ¿podréis dudar de vuestra libertad? Y libres, ¿podréis dejar de abrazar a los que os convidan independencia, patria y leyes? (1)*

El 7 de abril de 1822 fué Bomboná; la gloria de esa acción pide que un inspirado emboque la trompa épica.

Sucre, siguiendo las instrucciones de Bolívar, había marchado con sus tropas sobre la ciudad de Quito, desde principios de abril del año poco antes citado.

Después de la jornada de Riobamba, dice el General Manuel Antonio López (2), descansó allí el ejército libertador seis días; el 29 de abril salió y llegó a Ambato el 30; el 2 de mayo ocupó a Latacunga; el 3 se unieron al ejército Pedro Alcántara Herrán, Capitán entonces de Caballería, y el Teniente Hermosilla. El 12 salieron los republicanos de Latacunga y

(1) DISCURSOS Y PROCLAMAS.

(2) RECUERDOS HISTÓRICOS.

el 13 se les incorporaron los Coroneles José María Córdoba y Hermógenes Maza.

Ejecutando movimientos estratégicos y pernociando en los hielos del Cotopaxi, ocuparon los patriotas el 16 el Valle de Chillo; el 19 llegó a ellos el denodado General José Mires, quien había logrado escaparse de las cárceles de Quito.

Claramente comprendieron los realistas el sabio plan de Sucre y pusieron todo empeño en impedir la marcha del ejército, colocando en la colina de Puenyasi algunas fuerzas, pero todo fué inútil; los patriotas continuaron su marcha hasta presentarse el 21 de mayo en el ejido de Turubamba, situado al sur de la capital.

López dice que “el ejército libertador constaba de dos divisiones: una de los auxiliares del Perú, a las órdenes del Coronel D. Andrés de Santacruz (después Gran Mariscal del Perú), compuesta de los batallones número 4º de *Piura*, número 8º de Trujillo y un escuadrón de *Granaderos* montados, de Buenos Aires, armados de sables, granadas de mano y las bolas que usan los gauchos en sus pampas y que saben manejar con la mayor destreza; y la otra de colombianos, a las órdenes del General José Mires, español, compuesta de los batallones *Paya*, *Yaguachi*, *Alto Magdalena* y *Atbión* y de los escuadrones *Lanceros* y *Dragones*, armados de lanza y carabina”.

Deseaba el General en Jefe dar una batalla decisiva, pero el enemigo no la aceptaba.

“El 22 y 23, dice el General Sucre (1), los provocamos nuevamente a un combate, y desesperado de conseguirlo, resolví marchar por la noche a colocarnos en el ejido del norte de la ciudad, que es mejor terreno y que nos ponía entre Quito y Pasto; adelantando, al efecto, al Sr. Coronel Córdoba con dos compañías del Batallón *Magdalena*.

Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero a las ocho de la mañana llegamos a las alturas del Pichincha que dominan a Quito, dejando

---

(1) O'Leary.

muy atrás nuestro parque cubierto con el Batallón *Albión*".

Refiérese que en uno de los días anteriores a la batalla de Pichincha, cuando se provocaba vanamente al enemigo, Córdoba se adelantó en su caballo hasta muy cerca de los realistas y, anteojo en mano, los observó; un artillero que, seguramente lo conoció, se puso a apuntarle; entonces el ayudante Botero dice al intrépido antioqueño: "Mire que le están apuntando con un cañón"; "déjelos Ud. tirar", fué la respuesta del Aquiles americano. La bala hirió mortalmente al Capitán de Cazadores Felipe Pérez.

D. Carlos Tolrá y D. Nicolás López juzgaron temerario el movimiento de los patriotas y quisieron evitar que se colocaran entre Pasto y Quito, lo que no pudieron alcanzar; la hora había sonado; era preciso combatir.

Es el 24 de mayo de 1822; mañana espléndida; el sol pone toques de luz multicolora en la cima blanca del Pichincha; patriotas y realistas sienten correr impetuosa la sangre por las venas; las banderas de Iberia y de Colombia se ven lucir gallardas; las espadas resplandecen; los corazones palpitan, y Suere, "ese copo de nieve sobre la charca de sangre", da tranquilo órdenes por doquiera; su voz acariciadora y dulce llega a los corazones de los libertadores encendiendo fuego en ellos; él desea dar "una fiesta militar", y en verdad que es ese el banquete en que se sirve a los ecuatorianos el pan delicioso y confortante de la independencia.

Aquello es admirable: esfuerzos inauditos se hacen de parte y parte; unos y otros pelean con furor y tratan de arrebatarse a la gloria el triunfo; momentos hay en que parece que la victoria coronará a los realistas; en las filas patriotas faltan las municiones; el parque no llega; los cuerpos del Perú ceden el campo y los españoles recobran las perdidas posiciones; Mires, cual otro Espártaco, se desmonta de su caballo y, espada en mano, a la cabeza del *Paya*, da una carga formidable, y Córdoba, tan apuesto como intrépido, se bate como un león, seguido por las dos com-

pañías del *Magdalena*; son las doce del día; con el sol llega a su cenit la libertad del Ecuador.

El ejército español huye y se entra en las calles de Quito; busca refugio en el Panecillo, último baluarte que le queda.

“Varios oficiales y tropa del Batallón *Paya* y yo, cuenta el General López, abanderado del Cuerpo, llegámos hasta la recoleta de La Merced, en cuya torre vieron los quiteños, por la primera vez, ondear triunfante el pabellón de Colombia”.

Tolrá, que desde el ejido de Añaquito había observado la batalla, huyó hacia Pasto; se le unieron también el Batallón *Tiradores de Cádiz* y parte del *Cataluña*. El General Sucre envió la caballería en persecución de ellos, pero no fué posible alcanzarlos; también comisionó al Comandante O’Leary para que intimara rendición a la ciudad; D. Melchor Aimerich contestó que se entregaría por medio de una capitulación; entonces el magnánimo cumanés para quien, como hermosamente dice Carlos Pereyra (1), “la palabra victoria se compone de dos actos: en el primero, anula todos los esfuerzos mentales del jefe adversario; en el segundo, le tiende la mano y le sienta a su mesa”, concede a los vencidos una generosa capitulación que es firmada el 25 de mayo por los comisionados, Coroneles D. Francisco González y Manuel Martínez de Aparicio por parte de los españoles, y por Andrés de Santacruz y Antonio Morales, emisarios de Sucre.

En la jornada de Pichincha murieron 400 españoles y 200 patriotas; hubo muchos heridos de ambos bandos.

Entre los rasgos más heroicos de esta batalla, merece citarse el del Teniente Abdón Calderón. Cedamos el campo a la gallarda pluma del General Manuel Antonio López, quien, en nobles y bellas frases narra:

“Al empezar el combate por el centro, el Teniente guayaquileño Abdón Calderón, que mandaba la tercera Compañía de *Yaguachi*, recibió un balazo en el

(1) *El General Sucre*.

brazo derecho; éste lo inhabilitó para tomar la espada con aquella mano y la tomó con la izquierda y continuó combatiendo con imperturbable serenidad, cuando a pocos momentos recibió otro balazo en aquel brazo, afectándole un tendón y fracturándole el hueso del antebrazo, lo que lo obligó a soltar la espada. Un Sargento la recogió del suelo, se la colocó en la vaina a la cintura y le ligó el brazo con un pañuelo, colgándose del cuello. El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, signió a la cabeza de su Compañía, y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en la falda del cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo, un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso. Inmediatamente los enemigos empeñaron su reserva, y con esto llegó el instante supremo y decisivo de la batalla. Calderón cargó con su Compañía haciendo un esfuerzo superior a su estado desfalleciente, y al alcanzar la victoria recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha, que le rompió completamente el hueso y lo hizo caer en tierra postrado, exangüe y sin movimiento. Sus soldados lo condujeron al campamento en una ruana, lo colocaron sobre una frazada en el suelo de la sala de una casita, porque no se encontró cama dónde acostarle.

Su estado de postración requería auxilios eficaces para al menos calmar su devorante sed y darle algún alimento; un amigo se encargó de prestarle aquellos servicios, porque el desdichado joven no podía hacer uso de sus brazos ni mover las piernas. Como la última herida recibida era mortal y no se prestaba a la amputación, murió al amanecer del día siguiente.

El General Sucre lo ascendió, ya muerto, a Capitán, para tributarle los honores fúnebres.

El Libertador, que llegó a Quito el 16 de junio, informado del bizarro comportamiento de aquel valiente oficial, expidió un decreto de honor a su memoria, por el cual se dispuso:

1.º Que a la tercera Compañía del *Yaguachi* no se le pusiera otro Capitán.

2.º Que siempre pasara revista en ella, como vivo, el Capitán Calderón, y que en las revistas de Comisario, cuando fuese llamado por su nombre, toda la Compañía respondiera: 'Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones'.

3.º Que a su madre, la Sra. N. Garaicoa, de Guayaquil, matrona respetable y muy republicana, se le pagara mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo.

Era un espectáculo tan conmovedor como solemne el ver a los soldados de aquella Compañía en los días de revista de Comisario, al proferirse el nombre del Capitán Calderón, llevar el fusil al hombro con ademán de orgullo marcial y responder con una especie de religioso respeto: '¡Murió gloriosamente en Pichincha pero vive en nuestros corazones!'

Aquella ovación, verdadera apoteosis del joven héroe, se cumplía en el Ecuador hasta el año de 1829; no sé si habrá continuado después" (1).

Bolívar, psicólogo profundo y artista admirable, sabía revestir sus actos de una sublime poesía; así inmortalizaba los hombres y los hechos; hé aquí la clave de su prestigio inmenso.

---

La táctica de Sucre y el arrojo de sus soldados desconcertaron al enemigo y le arrebataron un triunfo con que contaba de antemano. Los viejos leones de España fueron vencidos por los cachorros de las selvas americanas.

Se cuenta que Aymerich decía antes de la batalla de Pichincha que derrotaría a los patriotas con sólo montarse en una famosa mula rucía que tenía. Cada vez que estaba cerca del ejército republicano decía a un Ordenanza de apellido Mijares que le ensillase la mula.

Después de ratificada la capitulación se paseaban un día por los salones del Palacio de Gobierno Sucre y Aymerich; los vió Mijares, y así mándose por

---

(1) López. Obra citada.

una vidriera, dijo a su engreído señor: "Mi General, ¿le ensillo la rucía?"

La guerra de la Independencia no fué otra cosa que una lucha civil; los iberos jóvenes vencieron a los veteranos; por eso se vieron aquende el mar repetidas las hazañas de Sagunto y Zaragoza; Bolívar, Sucre, Córdoba y demás héroes reprodujeron los prodigios del Cid, de Pelayo y de Juan de Austria.

Momentos son éstos de patriótico recogimiento; es oportuno que volvamos la mirada hacia atrás para beber nobles ejemplos en las limpias fuentes de la historia; que la luz que dejaron al pasar los libertadores ilumine las mentes de los colombianos, a fin de que todos sirvamos a la Patria con desinterés y entusiasmo.

Que América toda marche por las sendas de progreso y bien entendida libertad que le trazaron sus fundadores; que las rencillas entre hermanos cesen, y que estos países, llamados a grandes destinos, se unan estrechamente y sellen esa alianza haciendo culminar la gloria del Libertador erigiendo un monumento en el Aventino a ese numen de justicia y de sabiduría.

"¡ Y tú, Bolívar, ángel de esta tierra, que por tus esfuerzos libertaste! . . . ¡ desde la mansión donde reposas, cúbre a la Patria con tus alas! ¡ Infúnde tu espíritu a sus hijos! ¡ Feliz yo si al dulce rocío de las alabanzas que tus bellas acciones han arrancado a la verdad y a la justicia, viera crecer las virtudes de la noble Colombia, cual crecen las plantas al rocío benéfico del cielo!" (1)

Mayo 24 de 1922.

TOMÁS CADAVID RESTREPO.

(1) Juan García del Río.